

LA SEXUALIDAD FEMENINA¹

María Pía Costa*

Freud y sus mujeres

Freud inicia su investigación clínica y su reflexión psicoanalítica con las mujeres, particularmente las histéricas, transformando el discurso de la psicopatología de la época, que las consideraba simplemente locas e irracionales. Sin embargo, hombre de su época, no llega a comprender su sexualidad y reconoce lo espinoso que le resulta el tema *en parte por las limitaciones impuestas por su propia cultura y, en parte, por el silencio convencional y la insinceridad de las mujeres* (Freud, 1905, p. 1181). Pero Freud no se limitó, para fundar el conocimiento analítico, a la observación y a la clínica; sabemos que una fuente fundamental fue su autoanálisis. De este proceso introspectivo ejemplar, encuentra en el Edipo la explicación de sus propias fantasías. Y a pesar de que sus biógrafos dan cuenta de la preeminencia que tiene su madre en sus sueños y recuerdos, en la teoría es la figura del padre la que ocupó la escena, probablemente porque le reveló aspectos que él podía entender y sistematizar, mientras que la madre dejó más oscuridad que luz.

Es conocida la reticencia de Freud a dejarse llevar por aquella tendencia al abandono y a la pérdida del control racional, que está en estrecha relación con el vínculo fusional con la madre. En una discusión con Romain Rolland a propósito del sentimiento oceánico plantea que éste atribuye demasiado poder a las madres, mientras que él optaba por la protección del padre: *Me sería imposible indicar ninguna necesidad infantil tan poderosa como la del amparo paterno*

1 Resumen del trabajo “La Sexualidad Femenina. Una revisión” (2016) para acceder a la categoría de Didacta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

* Psicoanalista con función didacta de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis (SPP). Actual Presidenta de la SPP. mariapiacosta.s@gmail.com

(Freud, 1930 p. 3022). Sin embargo, frente a la cuestión de la búsqueda de la felicidad, Freud plantea el tema del amor materno como respuesta: *Sólo la relación con el hijo procura a la madre satisfacción ilimitada; es, en general, la más acabada y libre de ambivalencia de todas las relaciones humanas* (Freud, 1933, p. 3177).

Merece la pena indagar cómo funcionaron las cosas en el hogar del Freud niño. Roudinesco y Plon (1998) cuentan que Amalia era una mujer enérgica y tiránica. Por su autoanálisis sabemos que fueron esenciales en la comprensión del complejo edípico el recuerdo de su madre desnuda cuando él tenía cuatro años, y un sueño, de sus seis años, en el que dos personajes con pico de pájaro llevaban a su madre, dormida y con una expresión de tranquilidad en el rostro, hasta su cama. Sueño que fue interpretado por Freud como su deseo sexual infantil hacia su madre. Sin embargo, Breger (2001) señala que las asociaciones que aporta Freud a este sueño tienen que ver con la muerte de su abuelo materno, y revelarían, más que su deseo sexual, el temor a la muerte de su madre. La misma vinculación se daría en el sueño de adultez de Freud, que presenta en la *Interpretación de los sueños*, en el que se encuentra en la cocina buscando comida y que asocia con *las tres Parcas que tejen los destinos de los hombres*, y *sé que una de las tres mujeres —en el sueño la dueña de la casa— es la madre, que da la vida al hombre, y con ella, como a mí en este ejemplo, el primer alimento. En el seno femenino coinciden el hambre y el amor* —y la muerte, podríamos agregar.

El tema de la muerte parece haber estado muy presente en los primeros diez años de la vida de Freud. Al poco tiempo de morir el abuelo —y luego el tío materno— muere Julius, su hermano once meses menor, cuando Freud tenía apenas dos años y medio. El dolor de Amalia por esta muerte debe haber significado una pérdida de atención y cuidados, que pareciera haber quedado plasmada, como bien hace notar Breger, en su texto sobre *La femineidad* (1933) donde se refiere a los reproches que lanza la niña a su madre por haberla alejado de su pecho con el destete y por traer un nuevo bebé al mundo y, como ilustración, pone el caso de dos bebés de... ¡once meses de diferencia! Pareciera que Freud pone en el caso de la niña exactamente las emociones dolorosas vividas por él en relación a Julius y, en general, a la retahíla de hermanos que le suceden, seis en total antes de cumplir los diez años.

Recuerda en su autoanálisis el sueño del armario, que evoca la partida de su niñera: *sollozo desesperadamente porque mi madre no se encuentra por ninguna parte (...) hasta que de pronto ella entra por la puerta, esbelta y hermosa. Infancia marcada entonces por el deseo de la madre ausente, por la muerte,*

la bancarrota del padre quien nunca volverá a tener éxito en los negocios, el despido inesperado de su querida niñera y la dolorosa sucesión de embarazos, partos y pequeños rivales, que lo dejaban *destronado*, *despojados* y *perjudicados* —para usar sus propias palabras con respecto al abandono de la niña (1933, p. 3171).

Según Breger, al escoger la historia tebana, Freud creó un “mito consolador” que le permitió desviar hacia el deseo sexual, adulto, lo que realmente le inspiraba su madre: el sentimiento primordial de temor a su muerte y a la pérdida de su amor. De paso, promovía a su padre a un sitio de poder, reparando una imagen algo devaluada. Jacob, el padre, era *un hombre simple, tranquilo y aparentemente poco autoritario (...), fue la encarnación misma de la flaqueza* (Roudinesco y Plon, 1998, p. 365). Si a esta imagen paterna la ponemos en el contexto histórico del derrumbamiento del Imperio Austro-Húngaro a fines del siglo XIX, podemos imaginar que la teoría sobre el Edipo constituye un intento de revalorizar simbólicamente la figura de su padre (ibid). Probablemente en razón de estas características paternas, mostró un gran entusiasmo juvenil por personajes masculinos triunfadores, como los generales Alejandro, Aníbal y Massena, así como por científicos como los Koch y los Pasteur (Appignanesi y Forrester, 1992). Podríamos decir que Freud construía así su propia novela familiar.

En cuanto a su sexualidad, distintos biógrafos coinciden en que Freud había sido exageradamente recatado en su juventud, tanto en lo relativo al sexo como a la expresión de sus emociones (Breger, 2001, p. 423). Hasta los veintiséis años en que conoció a Martha, su contacto con las mujeres se limitaba a las de su familia y sólo se sabe de un intenso deseo adolescente por Gisele Fluss, que el mismo Freud reconoció fue más bien un desplazamiento del verdadero amor por la madre de la joven (Jones, 1961). Rehuía a las muchachas y se enfrascaba más bien en la lectura y la búsqueda del conocimiento. Estando en Trieste a los diecinueve años, realizando una investigación, escribió a su amigo Silberstein: *Hay pocas niñas en la calle. Las que he visto parecen muy precoces y ya mitigan su belleza con polvo facial. Puesto que aquí no está permitido disecar seres humanos, en realidad no tengo nada que ver con ellas* (citado por Breger p. 71).

De Martha le atrajo su talla menuda que la mostraba femenina y maleable. Desde un inicio Freud se mostró sumamente posesivo con ella, alejándola de su familia para que se concentrara exclusivamente en él. Es posible que este rasgo de carácter se explique como una necesidad de idealizar una temprana relación de adoración con su propia madre, en la que quedaran excluidos todos los hermanos. Posesividad que expresa su temor a ser abandonado y su desconfianza

ante la mujer, rasgo que caracterizó los inicios de su relación con Martha, de quien dudaba de sus verdaderos sentimientos y a quien le echaba en cara haberle tomado nueve meses más que a él llegar a amarlo (Jones, 1961). Desconfianza que trasciende en una carta en que le dice: *...escribes con tanta inteligencia y criterio que me asustas un poco. Creo que es una muestra de la rapidez con que las mujeres dejan atrás a los hombres* (citado por Appignanesi y Forrester, p. 51).

Lazos muy intensos lo uniría a sus tres hijas mujeres, pero es con Anna con quien logrará tener una relación más cercana, convirtiéndola en su heredera. La llamaba cariñosamente “Antígona”, en referencia a la hija de Edipo que se mantuvo soltera al lado de su padre y quién lo cuidó de ciego. Se comportaba con ella como si fuera su novia, celándola en exceso. Cuentan sus biógrafos que Jones la cortejaba pero cuando Freud se enteró, envió a Jones una carta con una firme advertencia y prohibió a su hija enredarse en una aventura con él. Asimismo desalentó a otros pretendientes que se hubieran atrevido acercársele.

Freud amaba dos tipos de mujeres. La que representaba la femineidad más acabada, como Martha, que escogió y delineó para su vida íntima; y las mujeres de mucho carácter, con brío propio, a las que empezó a dar acogida con los años, y con las que mantenía un tipo de relación más bien intelectual y fraternal. Mujeres como Minna, su cuñada y su “confidente más íntima”, y luego las psicoanalistas, que en su mayoría habían sido anteriormente sus pacientes, Marie Bonaparte, Helene Deutch, Ruth Mack Brunswick, Jeanne Lampl-de Groot. Sin embargo, en el fondo desconfiaba de ellas y sólo se sentía cómodo cuando mostraban total adhesión a sus ideas. Es indudable que la relación con Amalia marcó el tono de los vínculos de Freud con las mujeres, que se expresa luego en sus teorías: ambivalencia, desconfianza, pero también fascinación y ansia de logros. Es muy probable que haya sido su madre a quien haya tenido en mente cuando escribió, unos dos años después de su muerte: *una madre puede transferir a su hijo la ambición que se ha visto obligada a suprimir en sí misma y puede esperar de él la satisfacción de todo lo que ha quedado en ella de su complejo de masculinidad* (citado por Appignanesi, Forrester, 1992, p. 31).

El escaso contacto íntimo con las mujeres no le impidió escribir sobre su sexualidad, y sustentar sus ideas como si fueran producto de una extensa experiencia clínica. Salvo por el caso de *Pegan a un niño*, basado aparentemente en el análisis realizado a su hija Anna, no existe evidencia en sus escritos sobre la base clínica que los apoye (Breger, 2001). Mucho se comenta sobre la escasa comprensión de Freud sobre lo femenino. Es preciso tener en cuenta que Freud conoció y comprendió a la mujer de su época y de su sociedad, mujer sometida

a la creencia en la inferioridad física, psicológica y emocional, impregnada por las limitaciones aplicadas a su vida sexual, amorosa y pública. Pero además, conoció principalmente a la mujer histérica, abrumada por su dificultad de definirse entre una mujer sometida, tratando de encajar en el modelo de la época, y un deseo de independencia y autonomía, que la convertía en una perfecta candidata para reprimir sus deseos e impulsos, o bien para envidiar la masculinidad de los seres que podían lograr lo que a ellas se les impedía. Freud era —además de visionario— un hombre de su época, sometido a sus prejuicios, que no sólo limitaron su concepción sobre la mujer, sino su propia vida sexual y afectiva.

Es indudable que las mujeres del siglo XXI ya no son como aquellas que conoció Freud y que determinaron en alguna medida el tinte de sus fantasmas y de sus teorías. Las mujeres de hoy a menudo pueden sentirse contentas y satisfechas con su femineidad y con el ejercicio de una actividad creciente —con frecuencia en conflicto entre el mundo laboral o profesional y el hogar—, capaces de una sexualidad libre de las constricciones del embarazo y la multiplicación familiar, dueñas en cierta medida de sus cuerpos y sus decisiones, y gerentes de una agresividad encausada a defenderse y sobrevivir sin apoyo masculino de ser necesario. Y felizmente para ellas, ya pasaron los tiempos en los que ser proactivas y afirmativas las hacía ser calificadas de “fálicas”.

Si bien es cierto que, a la luz de esta mujer, los planteamientos freudianos sobre la sexualidad femenina merecen una revisión porque “se extravían de manera grotesca”, también lo es que contienen “un fragmento de pura verdad”, términos que utilizó el mismo Freud en 1908 para referirse al carácter de las teorías sexuales infantiles. Es necesario pues reconocer esa verdad que contienen sus puntos de vista sobre la mujer, histéricas o no, y si no fuera posible resolver, al menos cuestionar, sus extravíos.

Mi interés es dar cuenta de la evolución de los conceptos sobre lo femenino, desde Freud en adelante, tratando de lograr un orden mental personal sobre el tema, organizándolo mínimamente y, al hacerlo, tal vez contribuir en algo en el trabajo de develar a la mujer.

1. Freud y la sexualidad femenina

Una sola libido, masculina. Esta idea, a pesar de lo contradictoria, no ha sido sin embargo rebatida. Simplemente en el teorizar actual carece de importancia, en gran medida porque Freud introduce el concepto de la bisexualidad, entendida

a partir de la oposición actividad/pasividad, que le permite a Freud responder a las evidentes diferencias en los comportamientos: *la libido es masculina e igual para los dos sexos, y en virtud de la bisexualidad innata, tiene manifestaciones activas y pasivas en ambos* (Freud, 1933).

La pasividad femenina no parece sin embargo ser innata, pues propone un inicio sexual igualmente activo para ambos sexos en las fases más tempranas del desarrollo psicosexual. *Habremos de reconocer —dice— que la niña es un hombrecito* (ibid, p. 3167). La niña es viril y activa por naturaleza. ¿Cómo hace entonces, con una libido viril, para convertirse en mujer? Es como si la bisexualidad estuviera sólo del lado de las mujeres, teniendo que lidiar con una biología masculina y un destino femenino. Freud no registra esta contradicción, simplemente plantea que la niña se va volviendo pasiva y así alcanza su femineidad. Y señala que el objetivo del psicoanálisis no es describir a la mujer, sino *investigar cómo de la disposición bisexual infantil surge la mujer* (ibid, p. 3166).

A una sola libido, un solo órgano. Masculino. Un solo órgano, el pene, es el mismo para el niño y para la niña, sólo que en uno es aparente, en la otra, va a desarrollarse. Ninguno ha descubierto la existencia de un órgano sexual femenino. En *La organización genital infantil* (1923), con la fuerza del descubrimiento del concepto de falo, plantea que lo que el niño ve en el sexo femenino ya no es una falta de pene que será reparada con el crecimiento, sino que ve la castración misma. La falta de pene es comprendida únicamente como una castración, lo que coloca al niño ante la tarea de vérselas con la anticipación de su propia eventual mutilación y a la niña ante el hecho consumado de su propia castración.

Freud necesita la universalidad del pene (que es en realidad un mito sexual infantil) para su teoría de la castración como fuente de la neurosis. La universalidad del pene obtura el acceso a la sexualidad femenina, tanto en la teoría, como en la mente de los niños... varones. No podría decirlo mejor de lo que lo hace Alizade (1994):

...el infante atribuirá un pene a la mujer en el preciso instante en que intuye la presencia de una interioridad receptáculo productora de bebés. El orificio, el túnel vagina, esa vía regia al interior fertilizador de una mujer deviene intolerablemente representable. La anatomía una vez más es el destino... Lo femenino introduce la castración y el ámbito de lo real. Para evitar este malestar psíquico, la mujer también tendrá un pene (p. 184).

La envidia del pene. En *Pegan a un niño* (1919) Freud introduce el *complejo de masculinidad* en la niña. El elemento inicial y central de la sexualidad femenina es la fijación amorosa al padre, y la solución de ese complejo edípico se da cuando, al reprimirlo, se aleja del padre y, al hacerlo, rompe con su papel femenino, acentuándose el complejo de masculinidad. La solución del Edipo se da a través de una identificación masculina, de manera que resulta siendo el padre el portador y el garante de la femineidad de la niña.

Ante la diferencia sexual anatómica, ya evidente en este momento, la niña reprocha a la madre, por encima de todos los otros reproches, el haberla creado sin pene, imperfecta y en desventaja. Le reprocha asimismo ser ella misma incompleta, no ser la madre fálica que en un momento añoró, adjudicándole a su vez un pene. Para compensar estos sentimientos de inferioridad que la atormentan, desea tener un pene como los hombres, “sucumbiendo” así a la *envidia del pene, que dejará huellas perdurables en su evolución y en la formación de su carácter, y que ni siquiera en los casos más favorables será dominada sin grave esfuerzo psíquico* (ibid, 3172).

Tres caminos, un abismo. Al constatar la niña que su órgano sexual es disminuido e insuficiente en comparación con el pene, resentida, abandona la masturbación clitoridiana, renuncia a la sexualidad activa y se instala en la pasividad, dejando así rienda suelta a los impulsos pasivos naturales en ella. La atracción por el padre le brinda la salida de fantasear que él le brindará un pene, pero este deseo se transforma, con el tiempo, en el de tener un niño de él. Si, por el contrario, constitucionalmente la niña es más activa y se niega a aceptar la ingrata realidad que le ha tocado en suerte, mantendrá la masturbación clitoridiana, se identificará ya sea con la madre fálica o con el padre, y desarrollará el complejo de masculinidad, cuyo fin más acabado sería una homosexualidad manifiesta.

Para completar el bosquejo del destino femenino, Freud le atribuye a la mujer un narcisismo elevado, que sería compensatorio por el dolor de la inferioridad constitucional que ha tenido que asumir, pero que tendrá una influencia en sus vínculos, pues buscará más que amar, ser amada. Por las mismas razones será vanidosa, pudorosa (para no mostrar sus vergüenzas) y elegirá a su amado siguiendo el modelo del padre. Y reproducirá con él la desastrosa relación que tuvo su madre con él. Y por si esto fuera poco, estará sometida a intensos impulsos masoquistas ya que tiene que sojuzgar su agresión, lo cual está *constitucionalmente prescrito y socialmente impuesto a la mujer (...)* El masoquismo es, pues, así, *auténticamente femenino* (ibid, p. 3166).

El destino de la mujer se pinta así oscuro, tan oscuro como veía Freud a la mujer. El *devenir* mujer requiere un arduo trabajo psíquico, que no siempre arriba a buen puerto. Los caminos que le quedan son aceptar la derrota ante su falta, con la consecuente inhibición sexual; o bien rechazar su suerte, sepultar su identidad y entregarse al complejo de masculinidad con el dominio de la envidia del pene y el sentimiento inacabable de incompletud (o la homosexualidad); y finalmente, y en el mejor de los casos, aceptar el don de un futuro bebé como esperanza de su femineidad lograda.

En realidad, una mirada detenida nos hace ver que la primera salida —la inhibición— casi coincide con la femineidad dicha “normal”, o sea la tercera opción. En ambas la niña tiene que optar por la pasividad, por la renuncia a la masturbación clitoridiana y por último, por aceptar el don que el padre le ofrece de un bebé sustituto del pene ansiado. La diferencia radica en que en el primer caso, el derrotero es la represión de la actividad sexual con la concomitante frigidez y, eventualmente, si logra organizar una protesta, la histeria. En el tercero, la aceptación de su condición y la realización de la misma a través de la maternidad, la materialización del ansiado deseo del pene, en un hijo real. La masculinidad pura se transforma en la femineidad más acabada...

Las tres posibilidades encierran una trampa, que le quita autonomía al destino femenino. La niña no deviene mujer por una identificación con lo femenino, con la madre, sino al conseguir, a través de la maternidad o de la masculinidad, lo que la madre no le pudo dar: el pene eternamente deseado. Es pues a través de lo masculino que llega a ser femenina. Paradoja incomprensible.

2. El primer debate

El punto de quiebre en la teoría está, pienso, en el paso de lo edípico a lo arcaico, del padre a la madre. De lo fálico a lo oral. Es la llegada de Klein al psicoanálisis, profundizando lo que ya Freud venía planteando.

Probablemente el debate más intenso y fructífero sobre la sexualidad femenina y la diferencia sexual se dio entre 1925 y finales de la década del 30, luego de la publicación de los tres artículos de Freud de 1920, 1923 y 1925. La discusión que se da en ese momento no se restringe a la necesidad de explorar la sexualidad femenina dadas las críticas levantadas a las formulaciones de Freud sobre el tema; está esencialmente enmarcada en las diferencias que se dan en la teoría a partir de la difusión de las ideas kleinianas. Es así que se constituyen dos bandos: por un lado, el grupo de las vienesas, defensoras de Freud, integrado

por Helene Deutch, Ruth Mack Brunswick, Jeanne Lampl-De Groot y, algo más tarde, Marie Bonaparte; y por otro las londinenses, influidas por Klein y ambas analizadas por Abraham fueron Karen Horney y Melanie Klein. Pero es a Jones a quien le toca enfrentar abiertamente al maestro, siendo su amigo más leal desde los inicios y más tarde su biógrafo. Al simpatizar con las propuestas de Klein, Jones se ve forzado a salir de la cautela para rebatir teóricamente a Freud, a pesar de lo cual, y contrariamente a la suerte seguida por sus colegas discordantes, logra mantener sus desacuerdos sin que se rompa la amistad. Sorprendentemente Anna Freud, más allá de su texto de 1925 *Jealousy and Desire of Masculinity*, no se pronuncia sobre la sexualidad femenina, mostrando su total adhesión al padre y un propósito explícito de no intervenir en un tema tan significativo para ella (Appignanesi y Forrester, 1992).

La tesis de la femineidad constitucional, por oposición a la masculinidad inicial, fue probablemente la más extendida, ya que a ella adhirieron casi todos sus opositores de la época. Fue Jones quien colocó la cereza en la torta del debate: *La cuestión final es si la mujer nace o se hace*. Ninguno, en cambio, discutió la realidad clínica de la envidia del pene. Sí su importancia para la sexualidad femenina; la mayoría de sus detractores planteando que es secundaria y defensiva. El tema del desconocimiento de la vagina fue especialmente controversial; se generó un consenso en el sentido de que la vagina es intuitiva o percibida tempranamente, por ambos sexos, en oposición a sus defensoras que mantienen su descubrimiento puberal, así como es tardío el logro de la femineidad misma. En general, concuerdan que la importancia atribuida por Freud a la diferencia anatómica de los sexos no ha permitido vislumbrar los distintos papeles desempeñados por hombres y mujeres en la función de reproducción.

Las propuestas kleinianas ponen en evidencia que el pene no es el organizador de las diferencias; el pecho está antes y ambos sexos experimentan por igual su pérdida. Es a partir de las primeras frustraciones que les infringe la madre, que ambos niño y niña se separan del pecho y buscan satisfacer sus deseos a través del pene paterno, pero aún bajo el modelo de la incorporación oral, en un Edipo precoz. El pene del padre es concebido como incorporado por la madre en el interior de su cuerpo, pero no como una madre fálica, sino como reteniendo el pene del padre en un coito perpetuo, lo que Klein llamó la figura de los *padres combinados*. La niña, deseosa del pene, despliega sus impulsos sádicos contra el cuerpo de la madre para arrebatarlo. Temerá así que su madre, en represalia, destruya los órganos internos de su cuerpo. El deseo del pene en la niña no se explica por razones narcisistas, como lo hace Freud, ante la

angustia de castración y los sentimientos de minusvalía que provoca, sino por razones libidinales: desea el pene y esa es una condición instintiva femenina.

Frente a la angustia de castración en el niño, Klein pone de relieve los temores intensos de la niña sobre el interior de su cuerpo. La madre es fuente de los temores de daño en la niña por su propia agresión ante quien le niega el pecho, retiene el pene del padre y amenaza con destruir sus órganos genitales.

En síntesis, las novedades aportadas por Klein tienen que ver con una femineidad primaria para ambos sexos, basada en el vínculo oral con la madre, vínculo teñido de una receptividad oral femenina. Klein, más allá de investigar sobre las fantasías y temores tempranos, desplaza el énfasis de un planteamiento anatómico morfológico a una situación de relación. Y en ella, el pecho es para ambos el objeto primordial.

En general, es evidente cómo han calado las críticas suscitadas por el debate, de manera que antes que el complejo de castración y la envidia del pene, lo que domina la escena es ahora el complejo de Edipo activo en ambos sexos. La envidia del pene, como una estrategia para seducir a la madre pues la niña se da cuenta de que sin un pene es incapaz de conquistarla, es una idea que Lacan retomará y desarrollará con consecuencias considerables para su teoría.

3. Lacan y el falo

Lacan propone la “relectura” de los textos de Freud para retomar el camino que parecía haberse extraviado con la influencia de Melanie Klein, que, como hemos visto, había centrado la escena en la madre, en el pecho y en las fantasías y angustias primarias. Lacan retoma al padre y su función, proclama el retorno a la castración, al Edipo (frente al pre-edipo) y recrea el falo. De sus escritos aparece un Freud nuevo, simbólico más que anatómico, con un lenguaje propio en donde el falo ya no es lo fálico freudiano. Lejos de la anatomía, coloca al falo en el sitio de significante por excelencia del deseo; y al evocar la ausencia, como significante de la falta. El falo, en tanto aquello que puede estar o puede no estar, evoca la ausencia.

La madre es esencialmente *deseante* y la percepción del niño de ese deseo —el deseo del otro— orienta y define su deseo. Ahora, si la madre desea algo, es que algo le falta. Por tanto el niño va a desear llenar esa falta, convirtiéndose en aquello que ella desea porque le falta. De tal manera que lo que el niño desea no es lo que le falta a él sino fundamentalmente lo que la madre desea. Observamos un desplazamiento desde la supremacía del pene en Freud —por

temor a la castración en el niño y a haberlo perdido en la niña— hacia el deseo por aquello que ninguno de los dos posee, pero que desean porque es el deseo de la madre. El falo lacaniano pone en evidencia que la falta incumbe tanto al niño, a la niña, a la madre y también al padre. Giro importante de la teoría.

El falo es el significante de la diferencia sexual, que no especifica el género del niño en su relación con la madre, sino las distintas posiciones que ambos niños adoptan a medida que se despliega el intercambio de relaciones. Así, por ejemplo, la *dialéctica del tener* ubica al sujeto en diferentes posturas posibles sobre su sexualidad, de ser el falo o de tenerlo, de no ser el falo y de no tenerlo. Lacan plantea una versión estructuralista de la relación sexual, definida como un intercambio en el que, en realidad, nadie posee el falo, pasa de uno a otro y sólo se evidencia en el intercambio entre el padre y la madre. Este aspecto resulta atractivo para las feministas puesto que las diferencias sexuales sólo se dan en las relaciones imaginarias y simbólicas del niño con su entorno, alejándose de una anatomía que equiparaba el clítoris al pene, y restando importancia al momento en que la niña descubre las diferencias anatómicas con el varón, y se reconoce castrada. En cambio, coloca la cuestión de la envidia del pene, para ambos niños por igual, de manera diferente: el deseo no es por el pene sino por lo que la madre desea, que ni la niña ni el niño poseen, o sea el falo. Además, la madre está castrada, pues desea algo que carece, pero también el niño (y la niña). En última instancia, el padre también lo está, pues a pesar de ser el portador de la amenaza, él también está sometido a la castración.

La castración que es por ello *simbólica* no está definida exclusivamente por la posibilidad de la mutilación, sino fundamentalmente, y en primer lugar, por la separación del niño del cuerpo de la madre —el corte—, acto que interrumpe el vínculo imaginario y narcisista del niño con la madre, y sólo en segundo lugar por la rivalidad edípica con el padre. En ese sentido, la castración no está únicamente referida al niño, sino también a la madre, e instaura la prohibición del incesto articulada en la frase *no reintegrarás a tu niño como producto* (1958/1966). De esta manera, la castración tiene un doble filo: castrar a la madre del deseo de *tener el falo* y castrar al niño del deseo de *ser el falo*.

Ahora bien, poseer el falo para el padre es fundamentalmente una función simbólica, no anatómica. El padre lacaniano es representante de la Ley y, como tal, de la cultura. Lacan coloca así la herencia edípica como el acceso a la organización social, por oposición al Edipo freudiano que emana del orden natural y de la biología. La función del padre es metafórica, es decir no funciona ni como padre real (de carne y hueso) ni como padre imaginario (instancia ideal

y punitiva, encarnación del ideal del yo y del superyó), sino como el Nombre del Padre, es decir, la función que instala al niño en una estructura social y de parentesco (Nasio, 1988).

La castración es necesaria pues opera la entrada al mundo simbólico. La madre, el padre y el hijo están sometidos al orden simbólico, que le asigna a cada uno un lugar definido e impone un límite a la posibilidad de goce. El único ser no castrado es el padre de la horda primitiva, mito del padre omnipotente poseedor de todas las mujeres y de todo el poder. La herencia edípica en cambio permite el acceso a la organización social y limita el poder.

“La mujer no existe”. Para Lacan, que los niños no reconozcan la existencia de la vagina no significa que no tengan conciencia de la *materialidad* de la vagina, como parte de la anatomía. Dando un sentido particular a las palabras de Freud sobre la ignorancia de la vagina, plantea que no puede ser significada en el inconsciente. La vagina será reconocida como órgano, pero no como significante del sexo femenino: no existe significante ni de la vagina, ni del sexo femenino, ni de la diferencia ni complementariedad de los sexos. Lo femenino pasará a encarnar justamente la ausencia, el vacío, la falta. O, como diría Lacan *como radicalmente Otra en relación al falo* (Aún 1972-3, p. 69). No se puede pues inscribir una ausencia. Entonces, para Lacan, no se trata de no aceptar el genital femenino por el temor a la castración, sino que, al representar la castración, éste no accede a su inscripción, por ello no tendrá significante ...o será el significante de la ausencia, lo que es lo mismo (S. André, 1995, p. 209).

La mujer “no toda”. En el seminario *Aún* (1972-73) Lacan encuentra finalmente el lugar de la sexualidad femenina en su teoría: el de ser “no toda” en el goce fálico, lo que le permite existir y gozar, pero más allá. Así como Freud resolvió el problema de la libido masculina única planteando que existen dos modos de satisfacción, uno activo y otro pasivo, Lacan plantea el falo como unidad de la sexualidad, dividido en dos goces posibles: uno todo fálico (digamos masculino) y otro no-todo (digamos femenino). Ahí plantea que al escapar la mujer al complejo de castración, “está *no-toda* fijada” a la función del falo, por lo que persiste en ella una relación directa con lo real, quedando así con “un pie fuera de lo simbólico, puesto que una parte de ella no responde a la función del falo”. Esta relación con lo real, con lo real del cuerpo, es exclusiva de lo femenino, puesto que los hombres lo tramitan a través del fantasma, o sea a través del significante falo. Las mujeres, en cambio, escapan en algo a esa determinación total por el falo.

Podemos decir que Lacan apunta a la inexistencia de una complementariedad que reúna en la sexualidad al hombre y a la mujer. “No hay relación sexual”. Lo que hay entre hombres y mujeres no es una simetría, como el concepto de bisexualidad pretendía introducir, sino por el contrario, una disimetría fundamental, por lo cual no es posible concebir la unión- ni el encuentro- como relación.

4. Lo que queda del día: el segundo debate

En los años 60 y 70 nuevamente el feminismo toma la iniciativa en el debate. Los descubrimientos sobre la fisiología del orgasmo desarrollados por Masters y Johnson en *Human Sexual Response* (1966) fueron una respuesta contundente a la tesis freudiana sobre el orgasmo vaginal como el punto de culminación y madurez de la sexualidad femenina. Sus estudios sobre la masturbación y el placer intenso clitoridiano, pero sobre todo la capacidad femenina para orgasmos múltiples, echaron por tierra la “genitalidad” freudiana percibida como normativa, permitiendo a la mujer apropiarse, al menos en teoría, del placer y de sus propios cuerpos.

La movilización de las conciencias sobre un nuevo estado de las relaciones entre hombres y mujeres promovió un creciente interés reflexivo sobre los procesos internos y las motivaciones más personales. Esto permitió un retorno al psicoanálisis, especialmente por parte de las feministas, que vieron en él una teoría capaz de dar cuenta de sus propias emociones. Revalorizaron el tono libertario incontestable de la teoría freudiana, su valor de pionera en plantear el tema de la sexualidad —y particularmente de la sexualidad femenina— y su apertura para hablar sin tapujos sobre tabúes, fantasías inconscientes, teorías sexuales infantiles, edipos y demás. Para comenzar, cuestionaron la oposición entre naturaleza y cultura, colocando al hombre y a la mujer del lado de la cultura, lugar que antes era restringido al hombre, mientras que la mujer era ubicada del lado de la naturaleza. El psicoanálisis sería así la garantía contra una recaída en la doctrina esencialista de la femineidad original, que tan airadamente habían defendido las kleinianas. La defensa de los aspectos que constituían la “esencia” de lo femenino debía ser revisada en favor de un devenir mujer.

Las críticas al psicoanálisis retoman el tema del falocentrismo, esta vez lacaniano, como antes habían estado dirigidas a la envidia del pene. Los estudios se orientan ahora a las condiciones de dominación e injusticia que envuelven a la

mujer y, más importante aún, a las contradicciones dentro de la propia teoría, responsables de mantener la situación de dominación. Juliet Mitchell, Luce Irigaray y Julia Kristeva toman la vanguardia entre las feministas europeas; del feminismo psicoanalítico norteamericano sobresalen Nancy Chodorow, Ethel Person y Jessica Benjamin, principalmente; entre las francesas, menciono a Janine Chasseguet-Smirguel, Joyce McDougall y Sophie de Mijolla-Mellor. Esta selección es personal, por lo que asumo el riesgo de dejar de lado otras —u otros— que puedan haber tenido importancia en el debate.

Es notoria la evolución que se opera desde una Juliet Mitchell, embanderando la denuncia del carácter falocéntrico y patriarcal de la teoría lacaniana, pero finalmente atrapada en ella, hacia una clara apertura a lo materno arcaico, a las sensaciones corporales y a los afectos que abre Irigaray y que Kristeva logra plasmar con intuición e inteligencia con su concepto de la *jora*.

Kristeva plantea un imaginario abierto y móvil, que denomina *semiótico*, cargado de las experiencias preedípicas del vínculo corporal con la madre, caracterizado por impulsos orales y anales, experimentados como un conjunto de pasiones y capacidades corporales múltiples y discontinuos. El vínculo estrecho con la madre favorece que este fluir heterogéneo de impulsos se ordene o “reúna” poco a poco conformando una *jora*, es decir un sentimiento de totalidad no expresiva. En ella caben los aspectos psicosomáticos del lenguaje que son aún excluidos de la representación, como los ritmos del habla, los tonos y los silencios. Al no existir aún un sujeto, tampoco se ha conformado aún una diferenciación sexual. Lo semiótico es independiente del género pues involucra a ambos por igual, de manera que cualquiera de los géneros puede resultar “feminizado” de una manera radical (Kristeva, 1984).

Cuando comienza a aparecer la significación, se escinde la dimensión *semiótica* para dar paso al *orden tético*, un replanteamiento de lo simbólico lacaniano. Pero a diferencia de éste, el registro tético no supone un rompimiento radical con lo semiótico ni una imposición del segundo, obturando o reprimiendo el primero. Por el contrario, Kristeva sostiene que lo semiótico sigue ejerciendo una influencia difusa, responsable de los procesos creativos, de la poesía y, en general, de una tonalidad afectiva presente en la comunicación simbólica. Esta postura permite una salida al determinismo de lo simbólico lacaniano como patriarcal, excluyente de la mujer. Es en este registro tético que se estructura el sujeto, pero uno heterogéneo, ya que si bien está sometido a la ley, está permanentemente fracturado por el juego incesante de los impulsos semióticos. Este planteamiento permite superar la preeminencia de lo simbólico sobre los

aspectos que abarcan lo semiótico, lo libidinal y, en particular, el vínculo primario con la madre. La representación ya no queda restringida a lo simbólico y patriarcal; más bien, se abre un espacio en el que se contemplan los procesos primarios y las sensaciones corporales como susceptibles de significación. Para Kristeva los procesos de significación exigen el interjuego de lo semiótico con lo tético. Lo femenino ya no tiene que definirse como marginal o periférico, está en el corazón de la simbolización.

Del feminismo psicoanalítico de habla inglesa sobresalen Nancy Chodorow, Ethel Person y Jessica Benjamin, principalmente. Las dos primeras se enfocan en la mujer, restando importancia al papel del padre y centrándose en las identificaciones y el rol de la madre. En el afán de restar importancia a la envidia del pene, se concibe el conflicto de la femineidad en términos del temor a perder el amor y a las necesidades excesivas de dependencia. Benjamin (1995) por su parte, revaloriza al padre y muestra una criatura más libre y en búsqueda de autonomía, menos “sujetada” que el niño lacaniano, preso de los deseos voraces de la madre por hacerlo su falo, así como de las fantasías inconscientes kleinianas cargadas de agresión, persecución y daño.

Me parece pertinente incluir en este debate las contribuciones de tres psicoanalistas francesas que conforman una mirada menos política que las poslacanianas o, si se quiere, más clínica. Me refiero a Janine Chasseguet-Smirguel, Joyce McDougall y Sophie de Mijolla-Mellor. Ciertamente herederas de la influencia lacaniana, pero demarcándose claramente de ella, y con una variable influencia kleiniana, estas autoras dan cuenta de sus hallazgos, sin pretender plantear una teoría acabada sobre la sexualidad femenina. Conservan la función del padre como constitutiva en el proceso de separación de la madre y preservan el falo como organizador de la diferenciación sexual y como objeto parcial deseado al igual por ambos niños. La relación de la niña con el padre gira en torno al falo, y no a la identificación con él, y el deseo del falo es una respuesta defensiva. Sin embargo, el centro de su interés no está en la relación con el padre, ni con el falo, sino en la relación preedípica con la madre, y hacen hincapié en el sentimiento de desamparo frente a la omnipotencia materna temprana y, muy en particular, de la madre analmente controladora.

Estamos ya lejos de los debates iniciales. Se ha producido un giro importante en los planteamientos desde el pene del padre, como vía para el logro del proceso de feminización de la niña, mediante el complejo de masculinidad o la maternidad, hacia el cuerpo de la madre. La madre está ahora en el corazón del proceso de devenir mujer, como fuente de las identificaciones en

una intrincación con el erotismo, determinante para que la niña encuentre el bienestar y logre una evolución saludable, mediante lo femenino y no mediante lo masculino.

5. La sexualidad femenina, entonces

La teoría de Freud, indudablemente impregnada de una visión masculina, no está del todo desencaminada cuando describe la envidia del pene en la niña, el complejo de masculinidad, la propensión a reprimir la sexualidad en la niña, la disposición al masoquismo femenino. Son fenómenos cotidianos pero que, al estar estrechamente vinculados a la clínica, dan cuenta muchas veces de procesos exacerbados. Ahora sabemos, a partir de muchas observaciones de niños y niñas, que estos fenómenos ocupan lugares específicos en la teoría, no siempre centrales ni indispensables y que existen, junto con estas, opciones menos dramáticas para las mujeres.

Es innegable, sin embargo, que algo pasa con la mujer y su sexualidad. La evolución de su desarrollo psicosexual le plantea complejidades que tiene que resolver, y que están ligadas específicamente a su género y a su sexualidad. Ella tiene un vínculo estrecho con la madre, con la que comparte el género, lo que la expone a proyecciones especialmente intensas desde muy temprano, ligadas a la relación de su madre con su propio cuerpo de mujer y con su sexualidad. Por compartir el género con ella, la separación le supone el riesgo de descatectizar al objeto que le sirve de base identificatoria; supone también el riesgo de una separación rabiosa y competitiva con la persona que garantiza su existencia material y afectiva.

Sabemos que la confrontación con la visión del pene le produce frustración, despierta su curiosidad, le exige procesos de pensamiento para imaginar lo que no es visible en ella, despertando inquietud y desazón. Y tendrá que luchar contra sus sentimientos de desilusión, de envidia, de rabia por la madre que la ha hecho castrada y que es, a su vez, castrada. La veremos a veces rabiosa en ese proceso, arrastrada por la necesidad de una reivindicación masculina. Otras veces sucumbiendo a la inhibición o a la histeria. La sabemos aferrada a la angustia de ser amada, dependiente y, a veces, fascinada por lo masculino y por el falo. La sabemos atrapada por el deseo del hombre, y asimismo por el modelo cultural de la belleza femenina, tentada de “falicizar” su cuerpo (aunque bastaría describirlo sin la referencia al falo). La sabemos apresada en el masoquismo de entregarse a fabricar el bienestar de otros, de sufrir en su cuerpo los

dolores relacionados con su sexualidad y de correr riesgos con el ejercicio natural de su sexualidad en la pubertad y adolescencia. No podemos, en nombre de una justa revuelta, ignorar todos estos hechos. Lo que sí podemos es darles el lugar que corresponde en la teoría y vislumbrar que, junto con estos caminos, la mujer tiene también posibilidades de florecimiento. Que no tiene negado el acceso a lo simbólico. Que a pesar de la confusión que sabemos despierta en su cuerpo el erotismo, no necesariamente primará en ella el sentimiento de que falta un lugar para las sensaciones sexuales. Ni que encarna el vacío y la incompletud. Que la maternidad es una potencialidad para ella, revitalizadora, pero que no es la vía única para su realización como mujer, sino como madre. Sabemos que una madre medianamente sana y satisfecha con sus identificaciones como mujer podrá explicarle las diferencias anatómicas y mostrarle un camino placentero, convirtiéndola en una niña sin pene y con vagina (y no en un ser castrado); y sabemos también que el padre puede transmitirle deseo y admiración por su femineidad, ofreciéndole el regalo de una identificación gratificante y narcisísticamente beneficiosa con una madre admirada por el padre.

La madre, la niña y sus cuerpos. El vínculo temprano con la madre y las identificaciones primarias con ambos padres me parecen ser los aspectos centrales, en reemplazo de la envidia del pene. El concepto de *representación somatopsíquica primaria* de Joyce McDougall (1998) muestra cómo la niña construye, a partir del cuerpo de su madre, las primeras señales de su cuerpo femenino, teniendo lugar central la boca y la vagina como primeras zonas erógenas, junto con las sensaciones internas placenteras y las sensaciones clitorídeas. La noción de *jora* de Kristeva retrata el mismo proceso que se organiza en el registro imaginario, es decir en ese vínculo temprano y estrecho con la madre, que ella denomina semiótico, y que permite el sentimiento de reunión e integración de los impulsos, sensaciones y motilidades múltiples y discontinuas que experimenta el bebé, en este caso independientemente de su género.

A la luz de los trabajos que se centran en este momento de la relación entre la niña y la madre, vemos un vínculo cargado de deseo, por parte de la niña, tanto por su madre como objeto de amor, como de deseo de ser como ella. La madre de la niña ya no es —únicamente— una madre que frustra su deseo de poseer un pene, una madre que sólo puede ofrecerle una identificación como mujer castrada o como fálica. Podemos imaginar a una niña con el deseo de *ser* —y de no ser— como su madre, sea esta una madre castrada, una madre fálica o una madre medianamente satisfecha con su femineidad. Es necesario

reconocer la identificación primaria con la madre omnipotente, pero no sólo devoradora y mortífera; también existe la madre omnipotente fértil, generadora de vida, impulsora de una organización psíquica sana y saludable y, por ende, inspiradora del deseo de ser como ella. Lo más probable es que coexistan, en proporciones variables, las diversas imagos maternas.

Una constatación clínica innegable es la importancia que reviste para la niña el vínculo cuerpo a cuerpo con la madre y posteriormente el vínculo del cuerpo de la niña con el cuerpo de la madre. Distingo ambos porque creo que son cualitativamente diferentes. Tanto las descripciones de la jora de Kristeva como de la *constelación somatopsíquica* de McDougall dan cuenta de todo un lenguaje corporal de a dos que involucra el piel-a-piel, pero que se va complejizando para consolidar una relación de la niña —desde su cuerpo separado— con su madre —también desde su cuerpo— y viceversa. Los procesos de identificación sobre lo femenino facilitarán y a la vez complicarán la escena. La pueden llevar hacia una identificación fácil y natural, en donde la prohibición por el deseo de la madre empata con la aparición del deseo hacia el padre, permitiendo una separación menos marcada por el rechazo y, por ende, menos envidiosa; pero puede también quedar anclada en un deseo de fusionarse con ella, o un temor a dicha fusión, que tendrán consecuencias importantes en sus posibilidades de diferenciación. Las complicaciones pueden ser múltiples, pero podemos decir, junto con Dinora Pines, que:

...si la niña no se ha sentido satisfecha por su madre en la etapa preedípica, ni ha sentido que ella misma satisfizo a su madre, nunca podrá superar esta pérdida básica de una sensación primaria estable de bienestar respecto a su cuerpo y a su imagen corporal, a menos que sacrifique su impulso normal hacia un resultado edípico positivo. La herida narcisista, que da origen a la envidia de la madre y a la falta de autoestima, puede resultar dolorosa y puede incrementar las dificultades de la separación (Pines, 1994, p. 21).

¿Cómo explicar la correlación entre la cualidad de este vínculo temprano que involucra de manera especial dos cuerpos y las consecuencias positivas o negativas que implica para el desarrollo sexual de la niña y la joven? Françoise Dolto se refiere al lazo simbólico que se debilita o fortalece en función del rechazo o la aceptación que la niña recibe de su madre, provocando una separación que puede devenir en *ruptura traumática precoz que, al revés del complejo de castración, mutila la imagen del cuerpo e imposibilita la estructura del yo* (Dolto 1996, p. 114).

De estas circunstancias deriva la evitación del cuerpo a cuerpo con los adultos y aún con los niños, que normalmente se desarrolla de manera espontánea y sin culpabilidad. Asimismo, esta ruptura complica el deseo homosexual de la niña hacia su madre, que normalmente significa una fuente de reafirmación de su imagen corporal propia de la fase genital, así como el movimiento identificador que permite la introyección de la madre que, aún en el caso de ser percibida como castrada, puede ser la de una madre viva, que la nutrió y la cuidó. La niña tendría que sentirse capaz de ser madre tomándola como modelo y como portadora del saber sobre la conservación y la reparación del cuerpo y de su integridad, permitiendo el desarrollo del yo ideal.

Lo central en la dinámica con la madre se torna entonces la separación. No la venganza, ni la sobrecompensación fálica, sino la necesidad de la niña de lograr su alteridad. Para ello necesita pasar por el duelo ante el desprendimiento de la madre como objeto de amor. En palabras de Natividad Corral:

... esto nos obliga a pensar la peculiaridad de la condición melancólica de la subjetividad femenina que puede abrir las vías de un duelo propio de las mujeres. El duelo femenino —única reparación posible de la madre— conlleva junto con el consentimiento subjetivo de la propia feminidad enigmática, el de la alteridad y el desamparo de la madre (2005, p. 92-3).

El deseo por el padre. Jessica Benjamin (1995) se ocupa de un tema novedoso al plantear la relación temprana con el padre, en la fase preedípica, como un *amor identificador*. El padre encarna para la niña el mundo exterior excitante, el emprendimiento y, por ello mismo, permite la separación de la madre. La separación podrá llevarse a cabo con un tono positivo de amor al mundo, ya no exclusivamente de odio y rechazo a la madre. A menos que el padre se muestre frustrante, con lo que la envidia del pene adquiere un tenor negativo y expresará la desilusión de la niña. Pero si el padre favorece la identificación masculina de la niña, ésta no se explica por la envidia del pene, sino fundamentalmente por el amor y la admiración al padre y por la necesidad de identificarse con él para poder separarse de la madre. No se trata entonces de un deseo heterosexual, ya que la niña no ansía en este momento preedípico la unión con el padre, sino de un deseo homoerótico de semejanza con el padre para diferenciarse de la madre.

Si se logran integrar satisfactoriamente las identificaciones cruzadas preedípicas de los varones con la madre, y de las niñas con el padre, se lograrán identificaciones con la diferencia, que modifican suficientemente la sensación

de pérdida, envidia y rechazo y esto porque la coexistencia del amor objetal, propio del Edipo, con el amor identificatorio preedipico genera un tipo diferente de complementariedad y una actitud nueva ante las diferencias.

El tema de la separación de la niña de su madre requiere ser enfocado desde una lógica distinta de la envidia del pene propia del complejo de masculinidad. Benjamin enfatiza el aspecto atractivo del padre, mientras que otras autoras, como hemos visto, postulan como requisito un duelo que permita la elaboración de la pérdida de la madre. Frías (2005) sostiene que la omisión del duelo en Freud es la causa de una falta de salida al complejo de Edipo en la mujer. La sobrecompensación que busca la mujer desde la lógica de la envidia del pene describe un orden de cosas que no toma en cuenta el necesario duelo que tiene que vivir la niña, indispensable para permitir una separación menos odiosa y conflictiva con la madre, que sigue siendo la fuente más importante de sus identificaciones. Corral (2005) denomina *condición melancólica de la femineidad* a las consecuencias de este duelo, que es determinante de la subjetividad femenina, y que supone la queja de la niña pues la madre no pudo satisfacer todas sus demandas de manera omnipotente, y porque no le transmitió sus “secretos” sobre cómo ser mujer. La niña podrá renunciar a la madre y enfrentar este duelo si es que el padre le ha facilitado la promesa de amor, que funciona como una reafirmación narcisística.

La primacía del falo, en la niña, debe ser considerada como producto de una fase de su desarrollo, como un fantasma, que será abandonado en el trayecto hacia la genitalidad. Se encontrarán ciertamente residuos de estas pulsiones a lo largo de la evolución, pero no necesariamente ocuparán lugar central en ella.

Un narcisismo particular. En su texto sobre la femineidad (1931) ya Freud había establecido que la mujer era fundamentalmente narcisista. Bela Grunberger (1964) describe una mujer que invierte su cuerpo desde los cuidados corporales, la ropa y los adornos con los que se arregla, hacia su exterior más cercano, que sería una suerte de interior: su casa y todo aquello que funciona como soporte material de su vida afectiva. Ella invierte su yo e irá extendiendo concéntricamente la investidura para abarcar a su compañero y a sus hijos, constituyendo una suerte de “unidad” que es propia de la investidura narcisista femenina, contraria a la “polivalencia” propia del macho (p. 112).

Grunberger asocia al componente narcisista femenino el deseo fundamental de ser amada y de ser escogida, que Freud había equiparado a la angustia de castración en el hombre. La causa de esta necesidad es, para Grunberger, el

encuentro esencialmente frustrante entre la madre y la hija, ya que no son, la una para la otra, satisfactorias como objeto. Siguiendo a Freud, mientras que la única relación verdaderamente satisfactoria para la madre es aquella con su hijo varón, con la niña ella será básicamente ambivalente. Y ello porque *un objeto sexual real no puede ser más que del sexo opuesto y —a menos que se trate de una homosexualidad congénita— la madre no puede ser un objeto sexual satisfactorio para la niña, en el mismo grado que para el niño*” (Grunberger, p. 114). La madre no es para la niña más que un “sustituto” del objeto sexual adecuado. Esta sería la “situación de base propiamente femenina”, causante de que la niña no recibiera la confirmación narcisista de ser amada y escoja, finalmente, al padre como ideal del Yo (narcisista) y como proyecto libidinal.

Este razonamiento reduce la sexualidad de la niña al deseo edípico por el padre, es decir, por el objeto del sexo opuesto, descartando el componente amoroso con la madre. Supone asimismo aceptar que la niña se coloca necesariamente en una posición masculina frente a la madre, tal como lo planteara Freud, y no entender que —siguiendo a Dío Bleichmar (1997)— *ella está en una relación narcisista y que aspira el primer puesto; quiere ser preferida, amada y satisfecha por la madre con exclusividad. Para aspirar a la exclusividad materna no es necesario hacerlo desde la masculinidad, basta ser niño o bebé, que es una identidad competidora del padre o de cualquier otro vínculo*” (pp. 59-60).

En su vínculo con la madre la niña puede encontrar aspectos libidinales, que de hecho refuerzan su narcisismo y la revitalizan. Es cierto también que al descubrir las diferencias anatómicas y la función sexual de sus órganos genitales suele atravesar por angustias de castración que vendrán a sumarse a sus anteriores ansiedades sobre los genitales femeninos y sobre el interior de su cuerpo. Es posible incluso que, más intensa que la angustia de castración, se presente el temor ante el pene del padre y a la penetración de un órgano de gran tamaño.

Pero nada de lo anterior tiene sentido si no se entiende que la masculinidad de la niña puede ser entendida como una posición defensiva frente al disgusto de una madre que no ha podido resolver la propia rabia en el momento de identificarse con su propio ideal femenino, o de un padre que no puede reafirmar el investimento narcisista del cuerpo de su niña. El orgullo o la vergüenza, en la niña, dependerán esencialmente del aporte narcisista facilitado o no por los padres.

Del adentro y del afuera. Es innegable que para la niña el conocimiento de la vagina supone procesos más complejos de lo que es para el niño descubrir su

pene. Porque no es visible, porque tampoco es de fácil acceso, porque rara vez la madre, en sus tareas de higiene, la toca. Porque siendo el deseo —o la envidia— del pene un aspecto de su evolución, es importante establecer el paso de ese deseo de un miembro exterior hacia una investidura de su cuerpo interno. Trataremos de dar cuenta de ese paso. Las sensaciones que emanan de su vagina le permiten comprender que corresponden y se complementan con el pene deseado. Sin embargo, esas sensaciones son difusas e indefinidas. Mientras que en el varón la excitación sexual se concentra en un sólo órgano, que reúne en sí mismo las percepciones placenteras y la búsqueda de satisfacción, en el caso de la niña suelen extenderse a todo el cuerpo, expresándose en una gama bastante dispersa, desde una agitación generalizada que no necesariamente se centra en la zona vaginal, hasta el acaloramiento, el escozor e, incluso, la desazón. Aunque la confusión no sea el caso y las sensaciones sean menos imprecisas, no existe en la chica un equivalente a la erección en el varón.

Annie Anzieu (1993) lo explica por el hecho de que dichas sensaciones están volcadas hacia el interior, hacia la receptividad; mientras que lo masculino tiende a lo exterior, a lo activo y a lo eréctil. *Lo que para el hombre es erección de un órgano con el placer centrado y concentrado en él, para la mujer es agitación generalizada que rodea y disimula la cavidad excitada*” (pp. 63-4).

Esta característica le produce la sensación de una sexualidad que la sorprende, que le genera una extrañeza que su cuerpo no ayuda a descifrar, por lo que la experimenta como viniendo de afuera. Estamos frente a un misterio que la descoloca y que le sugiere que ella desconoce algo que los otros conocen. Muy probablemente el misterio está asociado al espacio interior, no visible, que es lo característico de lo femenino. Lo paradójico es que mientras la sexualidad se manifiesta como fundamentalmente interior, la niña la expresa hacia el afuera en la investidura de todo su cuerpo, en su exposición y en la preocupación por la mirada del otro. Es posible imaginar que este fenómeno esté en relación con una necesidad de exteriorizar una sexualidad interior e invisible. Es comprensible también que, usando como referente único de la sexualidad al falo, se le llame a este proceso “falicización” del cuerpo femenino. Pienso que no es oportuno, puesto que no podemos concluir que se produzca exclusivamente como compensación ante la falta, sino más bien como consecuencia de una manera particular de experimentar —la niña y la joven— su sexualidad en todo el cuerpo, que exhibe con orgullo y excitación; no es necesario referirlo al falo. Por eso me parece que el término de “falicización” impide la comprensión del sentir femenino sobre su sexualidad.

Sería iluso poner la atención exclusivamente en los aspectos revitalizadores de esta investidura y externalización y no ver cómo, en muchos casos como la histeria, funciona como una mascarada para ocultar la vulnerabilidad y precariedad, centradas en la imagen y el cuerpo.

El investimento del cuerpo completo involucra tanto aspectos narcisistas como eróticos, tornando el cuerpo de la mujer como el símbolo de su sensualidad y de su sexualidad. Esta carga, socialmente aceptada y fomentada, tiene un peso particular en el cuerpo de la joven y en su manera de enfrentar el hecho de ser el objeto de deseo de los hombres. Y el ser mirada y admirada. La renovación de las pulsiones de mostrar y de cubrirse, asociadas al par exhibicionismo/voyeurismo, hace participar a la joven adolescente de una dinámica particular sobre lo privado y lo público. En esta dinámica, la joven siente que su cuerpo mirado con deseo es investido por los ojos ajenos —quedando expuesta— y al devolver la mirada corre el riesgo de aceptar el deseo del otro y, por ello, lo puede experimentar como un acto de provocación en el que habría un acuerdo tácito sobre el significado sexual del intercambio (Dio Bleichmar, 1997, p. 260). Esta suerte de complicidad sexualiza a su vez su cuerpo, pero el intercambio es sentido de manera intrusiva; asimismo, al aceptar la seducción, se convierte a su vez en seductora. El costo de este intercambio reside en que, para poder mirar o mostrarse, la joven tiene que renegar del sentido sexual de la seducción, reprimir su deseo de mirar o de ser mirada: aprenderá a desviar la vista, a no mirar a los ojos, a no mirar a los hombres (ibid, p. 261).

La frecuencia con que las mujeres expresan tener la sensación de ser observadas, aún en la intimidad, es reflejo de una conciencia sobre el ser mirada. Situación en la que ellas son pasivas y sometidas al deseo de un agente exterior, que las sorprende y perturba con su mirada —y las excita. Las torna así provocadoras también de miradas; a la vez perseguidas y seductoras. Si se siente perturbada, podrá sufrir los rigores de su superyó, restándole iniciativa y confianza al yo. Pero podrá también disfrutar de estas sensaciones y entregarse a ellas, así como podría asumir una actitud retadora que terminara poniéndola en riesgo. O podría dejarse llevar por la anestesia, que le impedirá sentir el deseo y la excitación. Podría también expresar su rechazo mediante trastornos alimenticios, como verdaderos ataques a su cuerpo. El equilibrio nuevamente es difícil para ella, nos encontramos oscilando entre una posición de pasiva receptora de una sexualidad que siente que le viene de fuera (del deseo masculino, de lo social con sus normas sobre la estética) hasta la actitud retadora y de activa seductora. En algún lugar las jóvenes encuentran la manera, también, de disfrutar de su juventud.

Juliana es una mujer de 27 años, cargada de inhibiciones y con un claro “complejo de masculinidad”. Rechaza su cuerpo, que lo experimenta como “un asco”, “deforme” y que cubre con ropa holgada y que no combina bien. Sin embargo, se dedica a la moda y dice ser muy estética y tener muy buen gusto. Un día cuenta un sueño en el que un hombre la mira y sonrío. Ella experimenta rechazo, al punto de no tolerar su evocación. Con el tiempo, logra asociar esos ojos con la mirada del padre —que ella considera lasciva— y su sonrisa “de triunfo”. Recuerda una serie de eventos infantiles en los que se sintió mirada, desvestida y “atravesada” por el deseo de otros. Siente que vivió estas experiencias como agente pasiva y humillada, objeto de la seducción de los adultos. Independientemente de la toma de conciencia de su propio deseo, del rechazo al padre y del desplazamiento de dicho rechazo a su cuerpo, la sensación de intrusión de la sexualidad desde fuera no fue superada. Hecho que es observable clínicamente en muchos casos en los que la mujer experimenta al padre como seductor, con diferentes matices e intensidades.

Esto nos remite a la teoría general de la seducción de Laplanche (2007), que no apela a una seducción “real” del adulto, sino a la transmisión al infante de mensajes sexuales inconscientes, enigmáticos tanto para ellos como para los adultos, pues se trata del carácter fundamental de lo sexual.

El masoquismo femenino. El discurso sobre la femineidad no incluye la agresividad, la rabia ni la hostilidad; estos afectos se manifiestan generalmente de manera indirecta y camuflada aún para ella. Más bien cuando estos estados agresivos se presentan, suelen ser codificados como expresión de masculinidad, rivalidad fálica o deseo de castración. Clásicamente lo femenino es la pasividad, la represión de lo agresivo y la aceptación del sufrimiento.

El masoquismo femenino se instaura con el fantasma de la escena primitiva, en el que la niña tiene que aceptar el papel de sometimiento y de víctima de su madre en la unión sexual y, por ende, si desea satisfacer su deseo por el padre, tendrá que asumir ese mismo papel de sumisión. La intensidad de la tendencia masoquista dependerá del grado sado-masoquista del fantasma originario. Más tarde, para evitar quedar masculina y atrapada en el discurso reivindicativo de la envidia del pene, ella tiene que volcar las pulsiones agresivas hacía sí misma. Es posible también que la niña y, luego la joven, recurran al romanticismo y a la idealización del amor como un medio para evadir el lugar que ocupan en el fantasma y puedan contrarrestar las angustias de daño involucradas.

Sabemos que los vínculos tempranos tienen influencia importante en la cualidad de esta tendencia. Si a la dependencia idealizada de la niña corresponde

un vínculo destructivo y agresivo, se creará una disposición al masoquismo. Este se exagera cuando ha prevalecido el temor al adulto y la hostilidad para con la niña, sobre todo si hay devaluación de su género e idealización del varón, o cuando prevalece la falta de cariño o de autoestima por insatisfacciones afectivas con sus propias imagos. Es necesario que el padre sea sentido como objeto suficientemente bueno como para mitigar las tendencias masoquistas, permitiendo la triangulación. La figura de un padre como éste dependerá, a su vez, de la internalización de una madre también facilitadora.

La herida femenina se irá resignificando a lo largo de las experiencias propias a su femineidad, es decir desde la ausencia del pene, la falta de senos en la infancia, la menstruación, la desfloración, los partos (cuando no las pérdidas o los abortos) que, con el componente doloroso y la sangre reactivan fantasías de castración y de sufrimiento carnal. Finalmente la menopausia, sentida como última y definitiva castración.

La pubertad merece mención especial en relación con las vivencias masoquistas. Queda claro que la pubertad no representa, para la niña, como para el varón, sólo la reedición del complejo edípico; tampoco significa únicamente la satisfacción narcisista de las modificaciones corporales que la hacen adulta y le brindan el acceso a una mayor independencia y a la sexualidad, afirmando la vitalidad de su sexo. Mientras que esto es evidente para los varones, las chicas experimentan a menudo estas circunstancias como una amenaza.

Las transformaciones corporales en la púber no sólo suponen un mayor cuidado de su cuerpo e higiene, sino que encarnan la posibilidad concreta de perder la virginidad y de quedar embarazadas. Las fantasías de ataque a su cuerpo retornan con fuerza por el riesgo mayor que significa su sexualidad visibilizada por los cambios físicos. Esta situación está lejos de limitarse a la fantasía si tenemos en cuenta el altísimo porcentaje de embarazos adolescentes y de violencia hacia la joven².

Sobre la maternidad. Lo que nos lleva a la fantasías de embarazo en el sentido de un profundo significado de lo femenino como plenitud maternal posible. Insisto en la palabra “posible” porque no creo que lo femenino sea

2. Según el Instituto Nacional de Estadística e Informática el porcentaje de embarazos de adolescentes (entre 14 y 19 años) en el año 2014 fue de 14.6% en el Perú. La cifra aumenta a 26.7% si se considera el rango de edad de 17 a 19 años.

la maternidad³, pero la generatividad como potencialidad no puede dejar de ser considerada como un aspecto fundamental de la femineidad. La posibilidad de generar vida y cuidado en la fantasía de la niña, la joven y la adulta, le da sentido a la femineidad: a la interioridad, a las sensaciones de receptividad y a su particularidad anatómica. Es la síntesis de una anatomía que sirve tanto para el placer y el goce sexual, como para generar vida, alimentar y cuidar de otras vidas.

Mariana sale embarazada a los 23 años y al cabo de tres meses pierde a su bebé. Como resultado de pruebas genéticas, le informan que ella es portadora de una enfermedad que conlleva una malformación congénita de sus posibles futuros bebés. Desesperada y asustada, sin consultar con su pareja de entonces ni con sus padres, se practica una histerectomía, procedimiento radical que le garantiza no tener la tentación de volver a embarazarse. Años más tarde inicia un proceso terapéutico en el que ocupa lugar central su imposibilidad de ser madre, y su consecuente resistencia a volver a enamorarse pues siente que su cuerpo está fallado y que no tiene nada que ofrecer a un hombre. Su cuerpo está fallado y le falla. Primero por ser portador de la enfermedad y luego por estar auto-mutilado. Detrás de estos contenidos aparecen las fantasías de daño corporal y de un pene violento y perseguidor, encarnado en un padre seductor y controlador. Ella intenta a su vez controlar su sexualidad y, sobre todo, su maternidad.

A pesar del análisis de estas fantasías y del acto de mutilación, ella mantiene su decisión de no tener hijos ante el riesgo real de la enfermedad que les transmitiría. Sin embargo, a lo largo del proceso terapéutico, Mariana comienza a soñar con embarazos. Esto, para su sorpresa —y la mía— la llena de placer y le permite, con el tiempo, aceptar la compañía de una pareja. Queda claro que ella no desea realmente tener un hijo, pero haber recuperado el deseo de maternidad le devuelve la sensación de ser mujer y abre la posibilidad de otras vías para una eventual maternidad.

¿Sería pertinente plantear una fase inicial en la niña, no fálica, orientada hacia la madre, constituida en torno a la función maternal, por lo que su núcleo sería el deseo inconsciente del embarazo potencial (tener un niño de la madre)? ¿Y en que los temores no estarían centrados en torno al vacío y

3. De hecho en la actualidad la posibilidad de escoger no tener hijos es una realidad, que no puede entenderse como una renuncia a la femineidad. Entre doce y veinte por ciento de mujeres europeas opta por no reproducirse (Raphael-Leff, 2013, p. 97).

la ausencia sino en la potencialidad reproductiva? Así lo plantea Reenkola (2002) en su texto *The Veiled Female Core* (citado por Moeslin-Teising, 2013, p. xxi). No estoy segura de la pertinencia de una fase de función materna. Me parece que ilumina sobre un tema que merece encontrar su lugar en la teoría, pero temo que corre el riesgo de centrar el desarrollo de la niña en los vínculos de identificación en detrimento de la pulsión. La propuesta de Raphael-Leff (2013) de una *identidad generativa* me parece más tentadora porque más que una fase, la postula como un componente fundamental a tener en cuenta en la identidad tanto de la niña como del niño.

6. A modo de concolón

Los intentos de dar respuesta a los enigmas sobre la sexualidad femenina ponen una y otra vez en evidencia la angustia que genera la femineidad ya sea por evocar la castración, por la posible figura de alteridad que sugiere o por los fantasmas de omnipotencia asociados a la madre. El desconocimiento sobre la sexualidad se expresa justamente en la dificultad de abarcar la sexualidad femenina en una unidad —y en eso Lacan estaba en lo cierto—. Pero tampoco podemos, a partir de esa constatación, plantear la inexistencia de la mujer, lo que a la larga significa que no podemos pensar ni decir nada sobre ella. Me parece evidente que no hay una respuesta única que pueda dar cuenta de la femineidad, pero sí una diversidad de respuestas ante los caminos posibles que la mujer puede optar para resolver su relación temprana con la madre, primero, y la posterior encrucijada edípica.

La madre, primera portadora de los mensajes y deseos enigmáticos, imprime las iniciales sensaciones, afectos y satisfacciones al cuerpo de la niña, que dejarán una huella duradera. Asimismo, los procesos identificatorios con ella alentarán su femineidad. Pero en aras de lograr su individuación, la niña deberá poder desprenderse de este vínculo amoroso mediante un duelo necesario. Este duelo es un aporte teórico fundamental para la comprensión del proceso de separación. A su vez, la intervención del padre para facilitar la separación es clave, no necesariamente encarnando el deseo por el falo, signado por la venganza, o por la búsqueda de compensación fálica, sino por una posible y auténtica búsqueda del amor del padre, no como sustituto de su carencia, sino como deseo legítimo y sexual. Pero fundamentalmente como vía para su alteridad. La actitud y apertura del padre serán determinantes para paliar las difíciles condiciones que acompañan el desarrollo de la niña y de la joven y que marcan

su tendencia a necesitar ser amada y admirada, al narcisismo exhibicionista de su cuerpo y al masoquismo.

El duelo que tiene que hacer la niña tendrá que ser elaborado en diferentes momentos de su evolución, hasta culminar en el duelo de su condición de hija, requisito para poder asumirse como mujer adulta y sexuada, resolviendo las demandas edípicas y, fundamentalmente las demandas a su madre por no haberle dado lo suficiente, sea esto lo que signifique para su hija, desde la lógica de esa relación particular.

Referencias bibliográficas

- Alizade, A.M.(1994). *El final del complejo de Edipo en la mujer (de la duplicación a la individuación)*. Manuscrito inédito.
- André, S. (1995). *¿Qué quiere una mujer?* México: Siglo XXI Editores (2002).
- Anzieu, A. (1993). *La mujer sin cualidad. Resumen psicoanalítico de la feminidad*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Appignanesi, L. & Forrester, J. (1992). *Las mujeres de Freud*. Buenos Aires: Planeta.
- Benjamin, J. (1995). *Sujetos iguales, objetos de amor. Ensayos sobre el reconocimiento y la diferencia sexual*. Buenos Aires: Paidós (1997).
- Breger, L. (2001). *Freud, el genio y sus sombras*. Barcelona: Vergara Ed.
- Brunswick, R. M. (1940). La fase edípica del desarrollo libidinal. En: *Revista de Psicoanálisis*. APA, tomo 37, n° 1. Buenos Aires (1987).
- Chasseguet-Smirguel, J. (1964). *La sexualidad femenina*. Madrid: Biblioteca Nueva (1996).
- Chodorow, N.J. (1978). *Femininities, Masculinities, Sexualities*. The University Press of Kentucky.
- Corral, N. (Coord.), Cáceres, L., Frías I.A., Pombo & J., Ruiz, P. (2005). *Feminidades. Mujer y psicoanálisis: una aproximación crítica desde la clínica*. España: Montesinos.
- De Mijolla-Mellor, S. (2002). *Le besoin de savoir. Théories et mythes magico-sexuels dans l'enfance*. Paris: Dunod.
- Dio Bleichmar, E. (1997). *La sexualidad femenina, de la niña a la mujer*. Bs.As: Paidós.
- Dolto, F. (1996). *Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino*. Edición revisada y ampliada. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1905). Tres ensayos para una teoría sexual. En: *Obras completas*. Traducción Luis López-Ballesteros, (vol. I). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____.(1908). Teorías sexuales infantiles. En: *Obras completas*. Trad. L.L.B., (vol. I). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____.(1908). Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En: *Obras completas*. Trad. L.L.B., (vol. I). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).

- _____. (1919). Pegar a un niño. En: *Obras completas*. Trad. L.L-B. (vol. II). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____. (1920). Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. En: *Obras completas*. Trad. L.L-B. (vol. II). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____. (1923). La organización genital infantil. En: *Obras completas*. Trad. L.L-B. (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica. En: *Obras completas*. Trad. L.L-B. (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____. (1931). Sobre la sexualidad femenina. En: *Obras completas*. Trad. L.L-B. (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- _____. (1933). La femineidad. En: *Obras completas*. Trad. L.L-B. (vol. III). Madrid: Biblioteca Nueva (1973).
- Frías, I. (2005). La posición femenina como encrucijada fértil: el retorno de la sexualidad reprimida como enigma. En: Corral, N. (Coord.), Cáceres, L., Frías I.A., Pombo, J., Ruiz, P. (2005). *Feminidades. Mujer y psicoanálisis: una aproximación crítica desde la clínica*. España: Montesinos.
- Grunberger, B. (1964). Jalones para el estudio del narcisismo en la sexualidad femenina. En: Chasseguet-Smirguel, J. *La sexualidad femenina*. Madrid: Biblioteca Nueva 1999.
- Horney, K. (1926). The Flight from Womanhood: The Masculinity-Complex in Women Viewed by Men and by Women. En: *Int. J. Psycho-Anal.*, 7:324-339.
- Jones, E. (1927). Early Development of Female Sexuality. En: *Int. J. Psycho-Anal.* 8:459-72.
- _____. (1961). *Vida y obra de Sigmund Freud*. Tomo I. Barcelona: Anagrama 1970.
- Klein, M. (1928). Early Stages on the Oedipus Conflict. En: *Int. J. Psy.-Anal.*, 9:167-186.
- _____. (1932). *El psicoanálisis de niños*. Paidós.
- Kristeva, J. (1984). *Revolution in Poetic Language*. Columbia University Press.
- _____. (1992). Acerca de un destino luminoso de la paternidad: el padre imaginario. En: *Psicoanálisis. APDeBA*, Vol. XV, No. 1. Buenos Aires.
- Laplanche, J. (2007). Gender, Sex, and the Sexual. En: *Studies in Gender and Sexuality*, 8:201-219.
- Lacan, J. (1955-56). *Le Séminaire, livre III. Les Psychoses*. Paris: Seuil.
- _____. (1958). La Signification du phallus. En: *Ecrits*. Paris: Seuil.
- _____. (1960). Propos directifs pour un Congrès sur la sexualité féminine. En: *Ecrits*. Paris: Seuil.
- _____. (1972-73). *Le Séminaire, livre XX, Encore*, Paris: Seuil.
- McDougall, J. (1998). *Las mil y una cara de eros. La sexualidad humana en busca de soluciones*. Buenos Aires: Paidós 2005.
- Mitchell, J. (1974). *Psychoanalysis and Feminism*. Nueva York: Pantheon Books.

- _____. (1986). La cuestión de la feminidad. En: *Mujeres por Mujeres*. Lemlij, M. (ed.) Lima: Biblioteca Peruana de Psicoanálisis (1994).
- Moeslein-Teising, I. (2013). Introduction. En: Moeslein-Teising, I. y Thomson Salo, F. (ed.), *The Female Body. Inside and Outside*. Great Britain: Karnac.
- Nasio, J.-D. (1988). *Enseignement des 7 concepts cruciaux de la psychanalyse*. Marseille: Editions Rivages.
- Raphael-Leff, J. (2013). The Female Cauldron: Reproductive Body Schemata Foregrounded by Infertility. En: Moeslein-Teising, I. y Thomson Salo, F. (ed.), *The Female Body. Inside and Outside*. Great Britain: Karnac.
- Roudinesco E. & Plon, M. (1997). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós, 1998.

Resumen

El trabajo da cuenta de la evolución de los conceptos sobre lo femenino desde Freud y los post-freudianos. La autora organiza vasto material y nos ofrece una revisión de puntos de vista y teorías como son las contribuciones kleinianas, las de habla inglesa, las francesas y la teoría lacaniana. Contribuye a su vez en esta exploración con ideas propias que amplían la discusión para una mayor comprensión acerca de lo femenino.

Palabras clave: castración, deseo, duelo, envidia, falo, femenino, goce, histeria, sexualidad

Abstract

This paper gives an account of the evolution of the concept of the feminine since Freud and the post-freudians. The author organizes a broad material on this subject reviewing several points of view and theories as the kleinian contributions, various english, french and lacanian authors. A tour is done from the initial discussions on the father's penis as a way to achieve the feminization of the girl, the complex of masculinity, motherhood, to the importance of the presence of the body of the mother. The author contributes with her own points of view to broaden the discussion for a better understanding of the feminine.

Key words: castration, desire, grief, envy, phallus, feminine, joy, hysteria, sexuality